

hacerle apartar de Julia los ávidos ojos, hasta que al fin logró sacarlo del desmantelado aposento en que ella se quedaba sola y esquivaba como sepulcral estatua de sí propia.

V

JOSÉ

Pocos momentos después los tres amigos montaban á caballo en el patio de la casa, no sin antes saber que el tío Antonio había obsequiado grandemente á toda la comitiva (inclusas las bestias) por orden y cuenta de la señora.

Cuando ya iban á echar á andar, repararon nuestros jóvenes en que un arrogante y gallardo campesino, de diez y ocho á veinte años de edad, muy bien vestido al uso de su clase y montado en un hermoso mulo, los saludaba cortésmente, quitándose el sombrero, como pidiéndoles permiso para acompañarlos.

—Es mi José...—atrevióse á decir entonces el tío Antonio, presentándolo á nuestros amigos.—Ya que por mis años y mis ocupaciones no voy yo con ustedes, me permitirán que vaya mi hijo único...

—¡Es José!...—murmuró epigramáticamente Enrique al oído de Miguel, metiendo espuelas.

—¡Es José!..., ¡el de la Biblia!..., ¡el de la capa!...—dijo luego Miguel al oído de Guillermo, poniendo también su caballo al trote.

—¡Estáis muy equivocados!—exclamó éste con mal humor, alcanzándolos fuera ya del cortijo.—¡Os digo que

no conocéis el mundo, ni el corazón de las mujeres! ¡Ni José es José, ni yo renuncio á volver á ver á la Marquesa antes de que dejemos este país! Vosotros no os habréis parado á considerar la horrible tragedia que palpita en el corazón de esa estatua... Hoy tiene treinta y siete años de edad y una historia de goces y sufrimientos sin límites, y todavía pueden quedarle otros treinta y siete años de vida sin historia, llenos de tedio y de fastidio. En fin; yo voy á hablar con José desde aquí hasta la villa; y si las cosas que me cuente confirman la idea que ya tengo formada de esa mujer, no extrañéis que esta noche ó mañana os abandone por algunas horas, para venir, con cualquier pretexto, á hacerle otra visita...

—¡Mayor de veinticinco años eres!—exclamó con disimulado despecho el grave Enrique.—Procura no dar un escándalo que nos perjudique á todos; y, en lo demás, ¡celebraré que te diviertas!

—¡Y se divertirá!...—añadió luego por lo bajo el calmoso Miguel;—pues nosotros..., ó sea nos, ó sea yo, hemos observado que á la Señora Marquesa no le ha parecido mal nuestro Guillermo. ¡Cuidado si influye en la suerte del hombre la forma de la nariz! ¡Si yo no fuera chato, me habría dedicado á héroe de novela, en vez de dedicarme á burlón, y esta noche haría morir de risa á doña Julia!

Enrique, á quien iba dirigido este discurso, contestó desazonadamente:

—¡Pues lo que es á mí, no me ha gustado la Señora!

—Lo que no te gusta á ti...—replicó Miguel—es la buena estrella de Guillermo.—Tú, mi querido Enrique, eres envidioso.

—Y tú un egoísta, enemigo del género humano...

—Pero enemigo alegre, dado que me contento con reirme de él... Yo soy de la madera de Diógenes...

A todo esto, la comitiva salía ya del vallecillo, sin que Guillermo hubiese visto asomada á la *Marquesa* á las ventanas del caserón ninguna de las veces que miró hacia allí con tal esperanza...

Entonces se acercó á José, y le habló aparte en estos ó parecidos términos:

—Dime tú, buen mozo: ¿cuándo entras en quintas?

El robusto mancebo se puso más encarnado que la grana al verse obligado á echar el habla del cuerpo delante de tan distinguida persona; abrió la boca dos ó tres veces sin producir ruido alguno, como cañón de órgano falto de aire, y, por último, acertó á decir premiosamente:

—Entraré dentro de año y medio, pues en la Candelaria he cumplido los diez y ocho... Pero, si me toca la cédula, la Señora me librará...

Esa ingenua revelación pareció á Guillermo prueba evidente de la inocencia de José. Oyóla, sin embargo, con celos ó envidia, por la seguridad que implicaba en el cariño y protección de la *Marquesa*, y continuó interrogando cáusticamente:

—¿Ella te lo ha dicho, ó tú te lo figuras?

—Ella me lo ha dicho más de una vez...

—Según eso, habláis con frecuencia...

—¡Toma! Casi todas las mañanas; y, de fijo, todas las tardes, al obscurecer, cuando vuelvo del campo; y, por supuesto, todas las noches, después que mi madre le sirve la cena...

—Y... ¿de qué habláis... por la noche?—preguntó capciosamente el ingeniero, no en virtud de sospechas propias, sino por darse la satisfacción de oír refutar las ajenas.

—¡Qué cosas tiene el señorito!—exclamó el rozagante labriego, poniéndose otra vez muy colorado y riéndose con malicia.—¿De qué quiere usted que hablemos? Pero, ¡vaya!, se lo diré con franqueza, visto que tiene gana de oirme para distraer y matar el tiempo... La Señora y yo solemos hablar de... amores...

—¡Hola!—repuso Guillermo, brincando sobre los estribos—La Señora y tú...

—Sí, señor...—respondió José, riéndose más fuertemente que antes, pero ya no con malicia, sino con imbecilidad.—¡La Señora me aconseja que quiera á Brígida, y yo le digo... que no puedo quererla!

El madrileño respiró, como si le quitaran de encima un asno que hubiese caído sobre él, y prosiguió su interrogatorio en esta forma:

—Sepamos ante todo quién es Brígida...

—Brígida...—contestó el Adonis del *Cortijo del Abencerraje*—es la hija única del mulero; una muchacha bastante guapa, aunque más amarilla que la cera (pues tiene no sé qué enfermedad que dicen que se quita casándose), de quien están enamorados todos los mozos de la jurisdicción...

—Y ¿por qué no la quieres tú como los demás?

—Porque... porque... ¡Seré franco! Porque al hombre que, como yo, habla todos los días con la Señora, no puede gustarle ninguna otra mujer... ¡Buena diferencia hay entre Brígida y doña Julia!

Guillermo volvió á alarmarse, ó más bien se indignó, al oír aquella impertinente salida del apuesto y zafio destripaterrones.

—De modo...—arguyó sarcásticamente—que tú estás enamorado de la Señora... Y dime: supuesto que tu padre es rico y que la Señora ha venido tan á menos, ¿por qué no te casas con ella?

—¡Quite usted allá, hombre!—exclamó el cortijero lleno de terror.—¿Quién habla de semejante sacrilegio? ¿Se enamoraría usted de una reina? ¿Pensaría usted en casarse con una santa de las que sacan en procesión? ¡Pues lo mismo es para mí la Señora!

—¡Perfectamente respondido, José!—se apresuró á contestar, muy avergonzado, el impresionable ingeniero.—¡Te he hecho esa pregunta por oírte! ¡Demasiado comprendo que lo que tú sientes por la Señora es admiración, respeto, reverencia!...

—Yo no sé cómo se llaman las cosas; pero sí sé lo que me pasa por dentro...—expuso el mozo con verdadera unción.—Quince años había yo cumplido cuando la señora Marquesa se vino á vivir á su palacio... Desde que la ví, desde que oí el metal de su voz, desde que conocí lo buena y caritativa que era, ¡Dios me perdone!, creo que quise menos á mi madre y que hasta le perdí devoción á la Santa Patrona de esta comarca... En fin, si doña Julia me dijera que matara á... cualquiera que fuese..., ¡á todo el mundo!..., crea usted que lo mataría; y si me mandara tirarme por un tajo, me tiraría sin rechistar, ¡como estas son cruces y hay Dios en los cielos! Ya tiene usted explicado mi cariño.

—¡Bravo! ¡Bravo, José! ¡Tú eres todo un hombre!

—dijo Guillermo, envidiando la inocencia de aquel bárbaro, como antes había envidiado las culpas amorosas de que le supuso reo.

—¡Mire usted!—prosiguió el fanático con creciente ímpetu:—es tanto el aquel y la ley que tengo yo á la Señora, que, cuando me habla, casi nunca me entero de lo que dice, pues su voz me entra por los oídos haciéndome cosquillas en todo el interior del cuerpo, y siento un hormigueo en la sangre y un zumbido en la cabeza como si estuviera borracho... Ella lo conoce y se muere de risa, haciéndome burla, hasta que, después de repetirme mucho las cosas, consigue que la entienda. ¡Oiga usted otra señal de la estimación y el respeto con que la miro!... Hoy, cuando ustedes llegaron á la casa, se habían hundido tres escalones de la torre, donde estaba la Señora, y yo tuve que bajarla en brazos... Pues bien, caballero, créame usted: al sentir el peso y la suavidad de su persona; al oler la esencia de flores que despiden sus brazos, con los cuales rodeó mi cuello; al verme dueño y señor de tan divina hermosura, aunque fuera por un instante, y oír sus alegres risotadas sobre mi cabeza, sentí una cosa... que estuve para morirme de gusto y felicidad... ¡Y cuidado que la Señora pesa como un plomo!...

Guillermo había vuelto á amostazarse. ¡Estaba escrito que cada nuevo discurso de José le hiciese cambiar de humor y de sentimientos! Pero esta vez predominó en el espíritu del artista y poeta no sé qué febril curiosidad poco noble, y, acercando más y más su caballo al mulo del empeatado labriego, preguntó, bajando la voz:

—Dime... ¿Y ella? ¿Te quiere mucho? ¿Te paga esa adoración que le tienes?... ¿Te besa alguna vez?...

—¿Quiere usted callar, señorito?... ¡Besarme la Señora!...—murmuró el corpulento joven con gran indignación, amortiguada felizmente por el instintivo arrobo que le produjo la misma idea que condenaba.

—¡Es verdad!... ¡Tú ya eres un hombre!...—se apresuró á añadir Guillermo, temeroso de haberse enajenado la confianza de José y de que aquella embriagadora conversación no pudiera seguir adelante.—Dime...—le interrogó después para distraerlo.—¿Y la hermosa Brígida? ¿Sabe que no la quieres mucho?

—¡Vaya si lo sabe!—respondió el presumido patán.—Y la prueba es que su tía, con quien mi madre trató nuestro casamiento, acude en queja á la Señora, para que la Señora me regañe á mí por que no voy á ver á la *Descolorida*, que es como aquí llaman á mi supuesta novia...

—Por consiguiente..., ¡ella te quiere á ti!...

—¡Más que á su alma, aunque me esté mal el decirlo!...

—Oye, José...—profirió Guillermo, al cabo de algunos instantes, alargando al petulante rústico un disforme cigarro.—¿Qué hace de noche doña Julia? ¿A qué hora suele acostarse?

—La señora Marquesa duerme poco...—respondió el campesino, encendiendo el cigarro al revés.—Después de cenar habla un rato con mi padre y conmigo sobre las cosas del campo ó sobre Brígida, y al fin se queda sola... cuando apenas habrán pasado dos horas de noche. Mientras dura el buen tiempo, ó sea desde Abril hasta Octubre,

si hace luna, se pasea por la huerta y por un antiguo jardín que linda con la casa; y, si no hace luna, se sienta al balcón ó en la azotea, y se pasa horas y horas pensando en sus asuntos, hasta cerca de la madrugada, que se encierra en su cuarto. En invierno, así que nos retiramos nosotros, que es á las siete de la noche, se pone á leer al lado de la gran chimenea del salón que usted ha visto, y se está allí seis ú ocho horas mortales, sin compañía alguna...: ¡de modo, señor, que da lástima y miedo cuando uno se levanta á las dos ó las tres de la noche, á echar pienso á las bestias, ver luz en sus balcones, y pensar que una mujer tan guapa y tan virtuosa, todavía en la flor de la edad, está sola y despierta en aquel salón tan grande, como un alma del otro mundo, ó como una enterrada en vida!... ¡Y todo por haberse casado (según dicen) con un bribón que, después de haberla tratado muy mal, la dejó completamente arruinada... para lo que es su clase!

—De manera...—dijo Guillermo, empalmando la conversación por el punto más conveniente á sus propósitos—que, hallándonos, como nos hallamos todavía, en el buen tiempo, y siendo hoy el plenilunio, esta noche paseará la señora por la huerta y por el antiguo jardín...

—Puede usted jurarlo... ¡Allí la encontraré yo cuando vuelva al cortijo, después de dejar á ustedes acomodados en la villa inmediata!

—Y dime, José, ¿serías tú hombre de guardar un secreto que le interesa á tu ama?

—¡Le he dicho á usted que soy capaz de hacerme matar por ella!

—Pues bien: yo desearía hablarle esta noche sin que

nadie lo trasluciese. Con tal objeto, al obscurecer, me fingiré malo en la villa y diré que me voy á acostar, dejando á mis amigos entenderse con los electores... Tú me aguardarás en las afueras con mi caballo y tú mulo; yo me escaparé como pueda de mi alojamiento, y nos volveremos juntos al *Cortijo del Abencerraje*, adonde llegaremos dos horas después de obscurecido. Me introducirás en el jardín ó en la huerta, y le dirás á doña Julia ó le diré yo, si desde luego la encuentro allí, que tengo que hablarle de un asunto reservado y urgente. Terminada mi entrevista con tu señora, montaremos otra vez á caballo, y me acompañarás á la villa, donde mañana por la mañana nadie sabrá mis aventuras de esta noche... ¿Cuento contigo para llevar á cabo tan sencillo plan?

—Espere usted que lo piense...—contestó el rústico, quitándose el sombrero y rascándose la cabeza.

Y, á fe que pensaría mucho y muy de prisa, pues á los pocos momentos exclamó:

—¡Yo creo que, efectivamente, haría usted una obra de caridad casándose con mi señora!...

Guillermo miró asombrado.

—¡Es tan buena, y vive tan sola la pobre!—continuó José.—¡Ni la crea usted tan pobre como solemos decir! ¡Todavía saca del cortijo, entre unas cosas y otras, más de una fanega de trigo diaria! Y ¡mire usted que una fanega de trigo tiene pedazos de pan!... Así da tantos mi ama á los menesterosos. Ella está alimentada con una friolera... Huevos, legumbres, patatas, leche y puchero son todo su regalo... Los pollos y el jamón los reparte entre las paridas y otros enfermos, y á veces les de hasta las gallinas, y tiene que comprar huevos á mi madre para

su consumo... ¡Conque ya ve usted que semejante casamiento es una buena proporción para cualquier señor que quiera vivir tranquilo con una mujer honrada y guapa como ninguna, y que no le cueste ni dos cuartos!

—¡Doña Julia no me querría á mí; ni es de eso de lo que yo tengo que hablarle...—respondió Guillermo muy turbado.—Déjate, pues, de cábalas, que demuestran tu buen corazón y el cariño que tienes á tu señora, y respóndeme á la pregunta que te hice antes.

—Yo, caballero...—contestó José, volviendo á rascarse la cabeza,—haré lo que usted me diga; pues mi padre me ha encargado que los atienda á ustedes y complazca en todo y por todo... ¡Únicamente le pido á usted, por los clavos de Cristo, que no me comprometa á ayudarle en nada que pueda perjudicar á la señora Marquesa!

El claro instinto de aquella alma sencilla y generosa, revelado en el vago y remoto són de amenaza que acompañó á tan humilde súplica, conturbó más y más á Guillermo, el cual tuvo que mirar hacia otra parte para responder al hijo del tío Antonio.

—Descuida, José, descuida... ¡Yo soy un hombre de bien! Conque... ¡lo dicho! Cuando lleguemos al pueblo arreglaremos el medio de escaparnos esta noche. ¡Que no le cuentes nada á nadie! Ahora voy á hablar un rato con esos electores para que no entren en sospechas...

Pronunciadas estas palabras, metió espuelas á su caballejo y se incorporó á Miguel y á Enrique.

Dejémosle con ellos, y retrocedamos nosotros al *Cortijo del Abencerraje*.

VI

RESONANCIAS DE LA VIDA

Serían las siete de aquella noche cuando *la Pródiga*, sentada delante de rústico velador en una glorieta cubierta de gracioso emparrado, hacía como que cenaba, por no disgustar al tío Antonio y á su mujer, que le habían preguntado ya dos veces si estaba indispuesta.

La luna, llena y esplendorosa, asomaba en aquel momento sobre los árboles que servían de cerca al que fué jardín del palacio, y su fulgor melancólico comenzaba á amortiguar el de un velón de Lucena colocado sobre el velador.

—¡Pues lo que es de esto va Vuecencia á probar un poco!...—dijo la anciana esposa del capataz, presentando á Julia una fuente de leche migada.—¡Hasta ahora no ha cenado más que en el nombre, y al mediodía no comió nada! ¡Se conoce que las visitas de esta mañana le han despertado á Vuecencia tristes recuerdos del mundo!

La *Marquesa* se sonrió; tomó algunas cucharadas de leche, y, levantándose para que no le instara más la tía Francisca, dijo al capataz:

—Paseemos un poco... La noche está muy buena... ¿Conque decías, mi buen Antonio, que el del traje azul se llama D. Guillermo de Loja, y que es ingeniero, abogado y hasta pintor?

—Sí, señora; el más guapo de los tres es todo eso, según me explicó el Secretario—contestó el campesino, siguiéndola á un paso de distancia.

—Y... ¿son casados ó solteros nuestros futuros Diputados á Cortes?—interrogó poco después *la Pródiga* aparentando indiferencia.

—Solteros los tres, y ricos...—se apresuró á contestar el viejo servidor.

—Yo no me enteré de nada cuando me los presentó el pícaro fiel de fechos...—añadió ella bostezando fingidamente.—¡Me disgusta tanto oír hablar á aquella mala persona! Dime: ¿y crees tú que D. Guillermo saldrá Diputado?

—¡O salen los tres ó no sale ninguno! Lo digo, porque forman una sola candidatura... Pero, según me ha asegurado el Secretario, saldrán los tres.

Julia se quedó pensativa, hasta que, después de una pausa, exclamó tristemente:

—¡Me alegro! ¡Vayan con Dios! Antonio, ayúdales todo lo que puedas, y gasta cuanto sea menester y tengamos. ¡Más han hecho ellos en venir á buscarme, que yo hago en favorecer su natural ambición!... ¡Ese D. Guillermo será Ministro!... Tiene cara de hombre de genio.

—¡Sí que parece persona de poco aguante y de malas pulgas! En los breves momentos que, cuando vino, anduve con la cabalgata, conocí que era el verdadero jefe de la expedición... Por cierto que esta tarde mi José—vestido con su ropa de los domingos...

—Puedes retirarte, querido Antonio...—interrumpió *la Marquesa*, volviendo de otra distracción.—Hasta mañana... Que descanses.

—Hasta mañana, si Dios quiere...—contestó el viejo, besándole la mano.—No tome Vuecencia mucho relente,

que ya están las noches húmedas. Tres días faltan para el de San Francisco, y ya se barrunta el *cordónazo*... Quiero decir, que va á llover muy pronto; ¡y bien lo necesitamos para sembrar!... El cielo haga que este año...

Rezando así, fué alejándose el tío Antonio, hasta que penetró en la casa, acompañado de su hacendosa mujer, que iba cargada con el velón y con los avíos de la despatchada cena.

Julia se quedó sola y sentada en medio del jardín, donde había algunos bancos rústicos, rodeados de floridas matas de dompedros, por ser aquella la encrucijada de cuatro calles y haber existido allí otra glorieta en tiempos más felices para la *familia*.

En 1.º de Octubre, en Andalucía, cantan aún los ruiseñores cuando hace luna, y en los olmos de la inmediata huerta había muchos nidos de ellos... Trinaban y gorjeaban, pues, en aquel instante los trovadores del amor, y su apasionada música se mezclaba en el ambiente con el continuo murmullo del agua siempre insomne de una rota fuente de mármol, que parecía en tan romántico paraje la lengua de la soledad contando pasadas alegrías... Sonaba, en fin, al otro lado de los negros olmos, el vago rumor del rápido y pedregoso riachuelo, remedando el estruendo del distante mundo; y aquellas combinadas voces lánguidas y expresivas, que hablaban única y directamente con *la Pródiga*, pues ninguna otra persona podía allí escucharlas ni entenderlas, sumergieron á la desgraciada en tan hondo piélagos de amargura, que cruzó las manos y se las llevó á la boca, como si fuera á rezar... Pero sólo pudo gemir, y esto... brevísimos segundos y con demasiada altivez ó fiereza.

Ningún alivio debió de reportar á su corazón aquella congoja; pues, en vez de dar señales de consuelo, la antigua deidad alzó los ojos hacia la indiferente luna y sonrió con ironía, como acusándola de inconstancia, traición y olvido.

Serenóse luego poco á poco, y su sonrisa acabó por convertirse en burlona. Algo como un cuidado de aquel día ó de aquel momento animó y despejó su semblante; y, levantándose con gallardo y resuelto ademán, se dirigió á la puerta; llegó á la parte por donde la derruída tapia lindaba con el camino, y se puso á escuchar, con el oído al viento, no sin decir antes, primero á media voz, y después para sí misma:

—Mucho tarda José... ¡De seguro me trae alguna embajada del candidato de las malas pulgas, que diría Antonio; si ya no es que el mismo D. Guillermo viene á verme beber en la jarra de búcaro! ¡Esta mañana me miraba de una manera que conozco demasiado! ¡Todos los hombres que me han dirigido miradas semejantes... han perdido por mí la vida ó el alma!... Y, ¡cuánta, cuánta pasión hay en sus ojos!...

Por aquí iba el monólogo mental de la proscrita diosa, cuando oyó á lo lejos pisadas de caballerías que avanzaban al trote...

—¡José no viene solo!...—se dijo en el acto llena de pavor.—¡Otro jinete, cuando menos, cabalga con él, y no en mulo, sino á caballo!... ¡Ah! Ya voy teniendo oído de cortijera... ¡Ya siento á gran distancia los pasos del lobo! ¡Ahí está otra vez el HOMBRE, mi constante enemigo, mi fatalidad!... ¡Pero no! ¡No lo será esta vez!

Pasaron tres ó cuatro minutos.

33009

El acompasado són de las dos cabalgaduras se aproximaba rápidamente...

—¡Pobre ingeniero!—pensó entonces Julia, encaminándose al jardín.—¡Cómo se conoce que está acostumbrado á tender puentes sobre los abismos! ¡Con qué valor y resolución viene á buscarme! ¡Infortunado!

La más hidalga compasión pintóse en el rostro de aquella mujer sin ventura, que, por lo visto, no era ninguna vulgar y vil pecadora; y, llegado que hubo á la florida encrucijada en que antes gimió desconsoladamente, se preguntó con lealtad y entereza:

—¿Qué hago para librarme de él y para que él se libre de mí? ¿Lo recibo y lo desengaño? ¿O me niego á recibirlo? Mejor es esto último... ¡Así, ni el presuntuoso conquistador, en los primeros instantes de una entrevista, ni esos pobres campesinos, fundándose luego en apariencias, supondrán cosa alguna en contrario á lo que es y ha de ser cierto!...

En virtud de tales reflexiones, Julia penetró en la casa, llamó al tío Antonio, y le dijo:

—José está llegando..., y con él viene otra persona, que podrá ser el D. Guillermo que me visitó esta mañana... En tal caso, dile que, no sintiéndome buena, me acosté á prima noche y que es imposible pasarme recado. Si pretendiere quedarse á dormir en el cortijo, niégate á ello alegando que tienes orden de no consentir nunca á nadie pernoctar en mi finca... ¡En fin, procura de cualquier modo que se marche inmediatamente..., inmediatamente!...

El tío Antonio se inclinó con profundo respeto y tomó el camino del portal.

Julia regresó en el acto al jardín; y, una vez en él, cerró la gran puerta que lo ponía en comunicación con el patio, y fué á sentarse en la emparrada glorieta que conocemos, esclarecida ya tan sólo por la apacible luna...

¡Inútil victoria acababa de alcanzar sobre su imaginación y sus sentidos la valerosa desterrada! En aquel mismo instante vió que dos hombres penetraban en el jardín por el lado de la huerta, y oyó la voz de José que decía:

—¡No sé cómo no hemos tropezado ya con la Señora!... Sin duda no ha bajado esta noche... Espérese usted aquí, mientras voy á buscarla por la casa...

—Aquí aguardo...—respondió el otro hombre, en cuya varonil y vibrante voz y alta y gallarda figura reconoció Julia á Guillermo.

La Pródiga no se movió, por miedo á ser oída y por considerar también muy difícil que la viesen en aquella penumbra que formaban los enverjados y pámpanos de la glorieta.

José penetró en la casa; y Guillermo, después de vacilar algunos segundos, comenzó á pasearse..., ¡oh fatalidad!, en dirección al emparrado...

No tardó, pues, en descubrir á la escondida castellana. Lanzó, al verla, una leve exclamación de alegría; quitóse el sombrero, y, avanzando hacia ella reverentemente, le dijo en actitud no menos humilde que lo hubiera sido una genuflexión:

—¡Perdóneme usted, señora!... ¡Perdóneme usted!